

Testamento político de Adolf Hitler, del 29 de abril de 1945

Adolf Hitler

MI TESTAMENTO POLÍTICO



Desde que, en 1914, puse mis modestas tuerzas como voluntario al servicio de la Primera Guerra Mundial impuesta al Reich, han transcurrido más de treinta años.

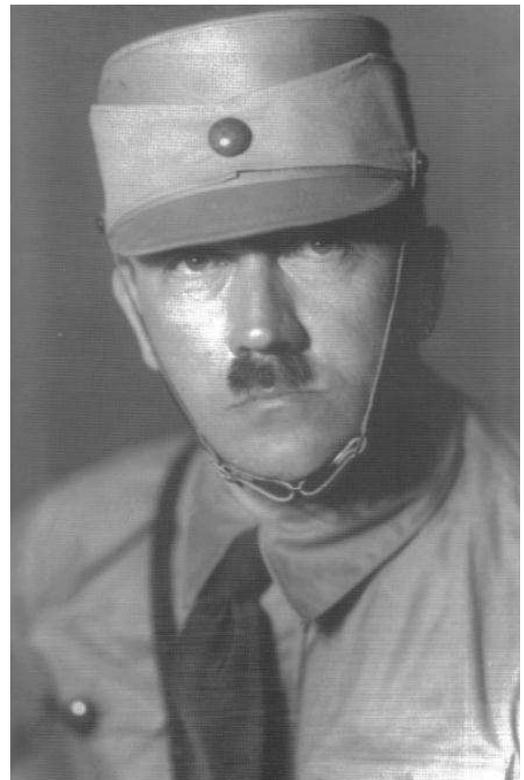
Durante estos tres decenios, en todos mis pensamientos, actos y en toda mi vida sólo me han movido el amor y la lealtad hacia mi pueblo. Ellos me han dado la fuerza necesaria para tomar las más difíciles decisiones que haya tenido que tomar cualquier mortal. Durante estos tres decenios, he gastado mi tiempo, mi energía y mi salud.

Es falso que yo o cualquier otra persona en Alemania quisiera la guerra en 1939. La querían y la instigaban exclusivamente los estadistas internacionales que, o bien eran de ascendencia judía o trabajaban a favor de los judíos. Son demasiados los ofrecimientos de limitación de armamento que hice y que el mundo no podrá seguir desmintiendo durante toda la eternidad, para que deba recaer sobre mí la responsabilidad por el desenca-

denamiento de esta guerra. Nunca deseé que, después de la primera y funesta Guerra Mundial, hubiera otra contra Inglaterra o contra Norteamérica. Pasarán siglos, pero de las ruinas de nuestras ciudades y monumentos seguirá brotando, renovado, el odio contra el pueblo que, en última instancia, es el responsable de todo esto: ¡el judaísmo internacional y sus secuaces!

Tres días antes de que estallara la guerra germano-polaca, propuse al embajador británico en Berlín una solución de los problemas germano-polacos: similar a la del Sarre, bajo control internacional. Tampoco este ofrecimiento puede ser desmentido. Fue rechazado, porque las altas esferas de la política inglesa querían la guerra, debido, en parte, a los grandes negocios que esperaban realizar y, en parte, a la propaganda montada por el judaísmo internacional.

No he dejado lugar a dudas de que si los pueblos de Europa vuelven a ser considerados sólo como





paquetes de acciones de estos conjurados de las finanzas internacionales, la responsabilidad será también de ese pueblo que en realidad es el culpable de esta criminal refriega: los judíos. Tampoco he dejado a nadie en la duda de que esta vez no sólo morirán de hambre millones de niños europeos de los pueblos arios, no sólo sufrirán la muerte millones de hombres adultos y no sólo arderían y morirían destrozados por las bombas cientos de miles de mujeres y niños en nuestras ciudades sin que el verdadero culpable pague su culpa, aunque por medios más humanos. ¹

Después de una lucha de seis años que, a pesar de todos los contratiempos, pasará a la Historia como

el más glorioso y valeroso exponente de la voluntad de supervivencia de un pueblo, no puedo abandonar la ciudad que es la capital de este Imperio. Dado que las fuerzas son ya muy escasas para seguir resistiendo el asalto enemigo en este punto y la resistencia propia está siendo progresivamente deteriorada por el elementos tan obcecados como inconsistentes, quisiera unir mi suerte a la que han seguido millones de seres, quedándome en esta ciudad. Por otra parte, no quiero caer en manos de los enemigos que, para divertir a sus masas soliviantadas, necesitan un nuevo espectáculo montado por los judíos.

Por lo tanto, he decidido permanecer en Berlín y buscar la muerte en el momento en que crea que la sed del Führer y Canciller no puede

seguir siendo defendida. Muero contento, pensando en las inconmensurables gestas realizadas por nuestros soldados en el frente, por nuestras mujeres en el hogar, las hazañas de nuestros campesinos y trabajadores y el arrojo de nuestras Juventudes, que llevan mi nombre, sin parangón en la Historia.

El que yo les dé las gracias de todo corazón es algo tan natural como mi deseo de que en modo alguno abandonen la lucha sino que dondequiera que sea la continúen, contra el enemigo de la patria, fieles a los principios de un gran Clausewitz. Del sacrificio de nuestros soldados y de mi propia comunión con ellos hasta la muerte, ha de germinar

¹ Hitler con sus compañeros de compañía (derecha) y su perro, I Guerra Mundial



un día en la Historia alemana la semilla de un esplendoroso renacer del movimiento nacionalsocialista y, con él, la realización de una verdadera comunidad de pueblos.

Muchos hombres y mujeres valerosos han decidido unir su destino al mío hasta el final. Yo les he rogado y, finalmente, ordenado que no lo hagan y que sigan empeñados en la lucha de la nación. Pido a los jefes de los Ejércitos, la Marina y la Luft-

waffe que consoliden por todos los medios el espíritu de resistencia de nuestros soldados, en el sentido nacionalsocialista y recalquen especialmente que yo mismo, fundador y creador de este movimiento, he preferido la muerte a una cobarde claudicación e, incluso, a una capitulación.

Ojalá un día forme parte del concepto del honor del oficial alemán —como sucede ya en nuestra Marina— el que la cesión de un territorio o una ciudad es imposible y que los jefes deben ir delante, dando brillante ejemplo en cumplimiento fiel de su deber, hasta la muerte.

SEGUNDA PARTE DEL TESTAMENTO POLÍTICO

Antes de morir, expulso del Partido al antiguo Mariscal del Reich Hermann Goring y le despojo de todos los derechos que pudieran derivarse del decreto de 29 de junio de 1941, así como de mi declaración hecha en el Reichstag el 1º de septiembre de 1939. Nombro en su lugar al gran almirante Donitz presidente del Reich y jefe supremo de la Wehrmacht.

Antes de morir, expulso del Partido y de todos sus cargos oficiales al antiguo Jefe de la SS y Ministro del Interior, Heinrich Himmler. Nombro en su lugar al Jefe provincial Karl Hanke, jefe de la SS y de la Policía alemana y al jefe provincial Paul Giesler, ministro del Interior.

Goring y Himmler, con negociaciones secretas con el enemigo, realizadas sin mi conocimiento y contra mi voluntad, así como con el intento, contrario a la ley, de hacerse con el poder del Estado, han ocasionado al país y a todo el pueblo alemán da-



ños incalculables, aparte de la deslealtad que su proceder supone hacia mi persona.

A fin de dar al pueblo alemán un Gobierno compuesto por hombres honorables, que cumpla con la obligación de continuar la guerra por todos los medios, nombro jefes de la nación a los siguientes miembros del nuevo gabinete:

Presidente del Reich: Donitz
Canciller del Reich: Doctor Goebbels
Ministro del Partido: Bormann
Ministro de Asuntos Exteriores: Seyss-Inquart
Ministro del Interior: jefe provincial Giesler
Ministro de la Guerra: Donitz
Jefe supremo del Ejército: Schorner
Jefe supremo de la Kriegsmarine: Donitz
Jefe supremo de la Luftwaffe: Greim
Jefe de la SS y de la Policía Alemana: jefe provincial Hanke
Economía: Funk
Agricultura: Backe
Justicia: Thierack
Cultura: Doctor Scheel
Propaganda: Doctor Naumann
Finanzas: Schwerin-Crossigk
Trabajo: Doctor Hupfauer Armamento: Saur
Jefe del Frente de Trabajo Alemán y miembro del gabinete del Reich: ministro del Reich doctor Ley.

Aunque muchos de estos hombres, como Martin Bormann, el doctor Goebbels, etcétera, con sus esposas, por propia voluntad, se han congregado en torno a mí y bajo ningún concepto querían abandonar la capital del Reich sino que estaban dispuestos a sucumbir conmigo, tengo que pedirles que obedezcan mi requerimiento y en este caso pongan el interés de la nación por encima de sus propios sentimientos. Con su trabajo y su lealtad seguirán estando tan cerca de mí después de la muerte como espero que mi espíritu lo esté de ellos y los acompañe siempre. Deseo que sean estrictos pero nunca injustos, que nunca tomen al temor por consejero de sus actos y que pongan el honor de la nación por encima de todo lo que hay en el mundo. Que entiendan que nuestra misión de construir un Estado nacionalsocialista representa el trabajo de siglos venideros, que obliga a cada uno a servir el interés común y supeditar a éste sus propias conveniencias. A todos los alemanes, a todos los nacionalsocialistas, hombres y mujeres y a todos los soldados de la Wehrmacht les pido que sean fieles al nuevo Gobierno y a su Presidente hasta la muerte.

Ante todo, comprometo al Gobierno de la nación y a todos los compañeros al estricto mantenimiento de las leyes raciales y a la implacable resistencia contra el veneno de todos los pueblos, el judaísmo internacional.

Dado en Berlín, a 29 de abril de 1945, 4:00 horas.

Adolf Hitler

Testigos;

Doctor Joseph Goebbels

Martin Bonann

Wilhelm Burgdorf

Hans Krebs

Apéndice al Testamento de Adolf Hitler, redactado por el doctor Joseph Goebbels 29 de abril de 1945

El Führer me ha ordenado que, en el caso del derrumbamiento de la defensa de la capital del Reich, abandone Berlín y forme parte de un Gobierno nombrado por él, en calidad de miembro rector.



Por primera vez en mi vida, he de negarme categóricamente a obedecer una orden del Führer. Mi esposa y mis hijos se adhieren a mi negativa. De lo contrario —y sin contar con que por causas humanas y de lealtad personal, nunca seríamos capaces de dejar solo al Führer en su hora más difícil—, durante el resto de mi vida me consideraría un vil desertor y un rufián que perdería no sólo el respeto de sí mismo sino también el de su pueblo, el cual debería ser requisito indispensable para el ulterior servicio de mi persona a la futura configuración de la nación alemana y del Reich alemán.

En medio del delirio de traiciones que durante estos días críticos de la guerra rodea al Führer, tiene que haber por lo menos algunos que se mantengan incondicionalmente a su lado hasta la muerte, aunque ello sea contrario a una orden formal expresada en su testamento político y fundada en consideraciones de carácter práctico.

Creo que de este modo presto al pueblo alemán el mejor servicio para su futuro, ya que para los difíciles tiempos que se avecinan los ejemplos son más importantes que los hombres. Siempre habrá hombres que señalen a la nación el camino de la libertad. Pero la reconstitución de nuestra vida nacional sería imposible si no partiera de la base de unos ejemplos claros y comprensibles para todos. Por esta razón, expreso en nombre propio, en el de mi esposa y en el de mis hijos, demasiado jóvenes aún para poder ma-

nifestarse por sí mismos pero que, de tener la edad suficiente para ello, se adherirían incondicionalmente a esta decisión, el propósito irrevocable de no abandonar la capital del Reich, aun en el caso de que caiga y poner fin al lado del Führer a una vida que para mí personalmente no tiene valor alguno si no puedo dedicarla al servicio del Führer, a su lado.

Dado en Berlín a 29 de abril de 1945, 5:30 horas.
Doctor Goebbels

Noticia oficial de la muerte de Hitler, del 1.º de mayo de 1945 (Información radiada)

Se informa del Cuartel General del Führer que esta tarde, en su puesto de mando de la Cancillería del Reich, nuestro Führer Adolf Hitler, ha caído por Alemania, luchando hasta el último aliento contra el bolchevismo. El 30 de abril, el Führer nombró sucesor suyo al gran almirante Donitz.

Discurso radiado, dirigido por el gran almirante Donitz al pueblo alemán el 1º de Mayo de 1945

Hombres y mujeres alemanes, soldados de la Wehrmacht: Nuestro Führer Adolf Hitler ha caído. El pueblo alemán se inclina con el más profundo dolor y respeto. Él advirtió pronto el terrible peligro del bolchevismo y consagró su vida a combatirlo. Al término de este su combate y de la trayectoria recta y firme de su vida está su muerte heroica en la capital del Reich. Su vida fue un continuo servicio a Alemania. Su entrega a la lucha contra la gran marea bolchevique iba también en interés de Europa y de todo el mundo



civilizado.

El Führer me designó su sucesor. Consciente de la responsabilidad, asumo el gobierno del pueblo alemán en esta hora fatídica. Mi primera misión es salvar vidas alemanas de la destrucción a manos del enemigo bolchevique. Sólo con este objeto prosiguen las operaciones militares. Mientras británicos y norteamericanos impidan el logro de este objetivo, tendremos que seguir combatiendo contra ellos. Porque los angio-nor-teamericanos no continúan la guerra no por sus pueblos, sino únicamente para la difusión del bolchevismo en Europa.

Lo que el pueblo alemán consiguió en el combate y lo que soportó en el suelo patrio durante esta guerra es algo único en la Historia. Durante los duros tiempos que se avecinan, procuraré crear condiciones de vida soportables para nuestras valientes mujeres, hombres y niños, dentro de mis posibilidades. Para ello necesito vuestra ayuda. Dadme vuestra confianza, pues vuestro camino es también mi camino. Mantened el orden y la disciplina en la ciudad y en el campo y que cada uno en su puesto cumpla con su deber. Sólo así podremos mitigar los sufrimientos que el futuro ha de depararnos a cada uno de nosotros y evitar el derrumbamiento. Si hacemos lo que está en nuestra mano. Dios no nos abandonará, después de tanto dolor y sacrificios.